

Ve, le dice, á las calles y á las plazas,
Orillas y caminos:

Recoje pobres, ciegos, estropeados,
Enfermos y mendigos,
Hasta que no haya asiento en mi banquete
Que se encuentre vacío.

La ambicion, la avaricia y la soberbia,

Se ven en los amigos:

En el banquete el reino de los cielos,

Y en los pobres se ven los escogidos.

CANTO XXXII.

Parábola del hijo pródigo.

Un hombre muy poderoso
Tuvo dos hijos; y un día
El menor, que era ambicioso,
Discurrió vivir ocioso
Entre el placer y la orgía.

Presentándose á su padre,
Le dijo: — Dadme la herencia
Que me tocó de mi madre,
Pues me voy, aunque no os cuadre,
Libre á pasar mi existencia.

El padre con triste pecho
La herencia entre ambos reparte,
Y el hijo ya en su derecho,
Tomando luego su parte,
Huye del paterno techo.

En país lejano se entrega
A vicios desenfrenados:
La herencia á agotarse llega;
La esquiva suerte le niega
Favores quizá, soñados.

Al verse del hambre presa
Va á servir de ínfimo criado,
Envidiando en su pobreza,
Las migajas de la mesa
Con que el perro es regalado.

A cuidar cerdos le envían,
Y allá bajo las parotas,
Las lágrimas que caían,
Anhelar triste le hacían
De los cerdos las bellotas.

«El hambre que me exaspera
«Tormento es que me taladre,
«Quién al pasado volviera!
«Quién las sobras recogiera
«De la mesa de mi padre!

«Oh cuán tarde he conocido
«El bien que perdiera un día,
«Cuando tras placer mentido,
«Orgullosa, enloquecido,
«Salí de la casa mía!

«Mas de mi padre á las plantas
«Iré á postrarme de hinojos;
«Calmaré mis penas tantas
«Dejando en sus manos santas
«Las lágrimas de mis ojos.»

Esto diciendo, á la casa
De su padre se dirige,
Quien al mirarle le abraza,

No enojado le rechaza
Ni vengativo le affije.

—Matad luego una ternera,
Dice á los criados gustoso:
El placer reine doquiera
Porque hoy por la vez primera
Vierto lágrimas de gozo.
Ha vuelto el hijo de mi alma,
Vestidle de rica tela;
Que nada turbe la calma,
Y brille él como la palma,
Do el ave cantando yuela.

En tanto el mayor hermano
Hace á su padre un reproche,
Y le dice al tierno anciano:
—No os he faltado villano,
Ni en el día, ni en la noche.

Y jamás he merecido,
En mi arreglada existencia,
Obsequio tan distinguido
Como el que hoy es concedido
Al que malgastó su herencia.

—Tú conmigo siempre unido,
Contesta el padre amoroso,
Nunca el hambre has conocido;
Mas tu hermano era perdido
Y en recobrarle me gozo.

*En el buen hijo se mira
Al justo que á Dios no deja,
Y en el pródigo se admira
Al que de Dios se retira
Y en pos del vicio se aleja.*

*Mas despues arrepentido
Rompiendo mundanos lazos,
Vuelve á Dios, padre querido,
Quien su culpa echa al olvido
Y le recibe en sus brazos.*

*Y al hipócrita judío
Se ve despues en el hijo
Que reprocha con desvío,
Del banquete el atavío,
De su padre el regocijo.*



CANTO XXXIII.

Parábola del mayordomo infiel.

Fué acusado un mayordomo

Como infiel discipador,

Y de su hacienda enojado,

Cuenta el amo le pidió.

«En adelante, le dijo,

Mayordomo no serás:

«Obraste de mala fé;

«Otro vendrá en tu lugar.

Affijido el mayordomo,

Exclama á solas: «¿qué haré?»

A todos los que me deban

«La mitad perdonaré,

«Y con eso agradecidos

«Su casa me ofrecerán:

«No seré presa del hambre

«Pues no ha de faltarme pan.»

Ejecuta lo que piensa,

Lo sabe á poco el señor;

Y halla gracia el mayordomo

Por aquella buena accion.

Con esto Jesus enseña

Que es grande la caridad,

Que el que dá, ciento por uno

En lo alto recojerá.

CANTO XXXIV.

EL RICO AVARIENTO.

(PARABOLA.)

Un hombre poderoso de púrpura vestido
Gloton y vanidoso, avaro, altivo, ruin;
Sentábase á su mesa cubierta de manjares,
De vinos generosos en copas de marfil.

Y Lázaro el mendigo, en tanto que él comia,
Desnudo ante su puerta mirábase temblar,
Que de hambre desmallaba, y falto de alimento
Las migajas del rico ansiaba devorar;

Mas imploraba en vano, en vano cada dia
Sentábase á su puerta buscando compasion:
El perro devoraba los restos de su mesa,
Y Lázaro tornaba con hambre á su rincon.

Murieron pobre y rico; y Lázaro mendigo
Al seno fué llevado de nuestro padre Abraham,
En tanto que el avaro al fondo del abismo
Encuétrase arrojado por una eternidad.

Y desde allí mirando de Lázaro la gloria;
—¡Abraham! ¡Abraham! le dice, ¡Oh! ten de mi pie-
[dad!

Haz que mojando Lázaro la punta de su dedo
Las llamas que me abrasan se acerque á refrescar.

Allá desde su seno, Abraham le dice al réprobo:
—Un vil mendrugo nunca le diste de tu pan;
Justo es que ahora padezcas viendo gozar á Lá-
[zaro,
Su premio es el castigo mas grande que tendrás.

Tuviste en abundancia los bienes de fortuna,
El hambre, la miseria tus puertas no tocó;
A Lázaro abatieron terribles dolores,
El sol en el Oriente, sin pan siempre le halló.

A mas que la distancia que existe entre los ré-
Y entre las almas justas ninguno pasará. [probos
—Pues si esto no se puede, el réprobo le dice,
Que avise á mis hermanos lo que es la eternidad.

—Moisés y los profetas ya de ella les hablaron,
Y si ellos no creyeron, cual no creiste tú,
Ménos creerán á un muerto que deja de la tumba,
Para llevar aviso, las sombras y el capuz.

Así los libertinos, los faltos de creencias
Se burlan y se rien de aquella eternidad;
Y dicen con descaro: los muertos nunca vuelven,
¿Quién pueda de la tumba decir el mas allá?

Los labios del Dios hombre, del bien y el mal ha-
Del premio y el castigo aquí un ejemplo dió: ¡blaron:
¿Filósofos y sábios, errados literatos,
Me negareis osados que quien habló fué Dios?

Las llamas que se apagan se apagan y se refrescan.
Haz que mojado la punta de su dedo

— Un vil mendigo en el templo:
Allí desde su seno Abraham le dice al réprobo:

— Justo es que ahora padesca viendo gozar á la-
[xato]

Su premio es el templo.
Su premio es el templo.

LA ORACION.

Triste en abundancia los bienes de fortuna,
El siempre la miseria tus puertas no toco.
Cuando Jesucristo concluyó de explicar las anteriores parábolas, volvió á hablar al gentío sobre la importancia de la oracion.

Para dar principio á este párrafo voy á valerme de la pregunta que sobre esto hace el Ripalda. ¿Qué cosa es orar? Orar es levantar á Dios el alma y pedirle mercedes.

Después de oír una respuesta que reasume por sí sola, todo lo que pudiera escribirse en un volúmen, nada me resta que añadir.

Y si ellos no
Sin embargo, como todos estamos obligados á trabajar algo en bien de nuestros semejantes, quiero decir algo, esto es aprovechar la ocasion que se me presenta, para inculcar en el corazón de los niños, á quienes he dedicado este libro, la importancia de la oracion.

Y dicen con desprecio: los niños.
El corazón de los niños gusta más de la sencillez de las palabras que de un argumento que, por la riqueza de su adorno, suele hacerse incomprendible á su tierna inteligencia.

Del premio
Jesucristo vino al mundo para salvarnos. Habríamos perecido si su bondad infinita, si su gran

misericordia, dispuesta siempre en favor de los pecadores, no se hubiera interpuesto entre la justicia de un Dios ofendido y de unos seres prevaricadores, que pretendieron elevarse á la altura de su Creador, por medio de la desobediencia.

Así pues, cuando el Hijo de Dios descendió á la tierra, trató de instruirnos en su santísima Doctrina; é instruyéndonos dejarnos antídotos especiales para preservarnos de los males del alma.

Uno de ellos y quizá el más necesario es la oracion: digo el más necesario, porque el que ora, no cae fácilmente en pecado, ó si cae, con facilidad se levanta del estado de culpa. Esto queda explicado con las palabras que dirigió Jesucristo á sus Apóstoles en el Huerto de Getsemaní, "Velad y orad para que no entreis en tentacion." Digo el más necesario, porque con la oracion se alcanza la perfeccion, puesto que los santos no habrían llegado á serlo si no hubieran tenido como primer alimento la oracion.

Esta perfeccion de que hablo, es la humana perfeccion: divina solo en Dios puede haberla.

Por medio de la oracion se adquieren las virtudes; por medio de la oracion alcanzamos el remedio de nuestras necesidades y la conformidad en las adversidades de la vida; en fin, por medio de ella, nos acercamos á Dios, que es nuestro padre, y con el que deberiamos estar siempre unidos.

Es una necesidad imperiosa, para los que tenemos la dicha de ser católicos, consagrar algunas horas á la oracion. No es necesario faltar á nuestras ocupaciones; pues si las manos trabajan, el